

El por qué de la marcha del sindicato andaluz de trabajadores

MIGUEL ANGEL HERRERA MANZANO
SAT

Durante los últimos años, se sucedieron eventos a lo largo y ancho del país para expresar el desacuerdo con la situación política, económica y social que vivimos. Variaron en sus formas y contenidos, pero casi todas ellas fueron vistas como una amenaza al 'orden'. Surgieron prisas por etiquetar ideológicamente a sus protagonistas y acallarlos, y es que hoy resistirse pacíficamente puede llegar a ser delito.

La pregunta entonces, es ¿cómo? ¿Cómo participar democráticamente en esta sociedad? ¿Cómo llevar a término las propuestas? ¿Cómo hablar para que nos escuchen? La participación del ciudadano no es fácil; de hecho está deslegitimada por el dios de la época: el mercado. Las relaciones del ser humano con este nuevo dios se refugian en lo 'invisible' e 'inverificable'. Y las leyes, establecidas por los más acérrimos seguidores de este dios, favorecen finalmente situaciones injustas e intransigentes con los que menos tienen. Mientras dirigentes económicos son despedidos con finiquitos de ensueño, los de abajo son desahuciados por esas mismas instituciones, a las que todos ayudamos.

La ciudadanía se siente a menudo engañada. Algunos medios de comunicación son usados como meros altavoces de intereses ajenos a la información; creando una terminología insultante que usan con vehemencia cuando no hablan de sus benefactores. En nuestros días, vemos que la 'libertad de

expresión' no está siempre al servicio de la verdad.

¿Cómo participar democráticamente en medio de este caos? La nueva legalidad cierra el paso a la reclamación ciudadana. El trabajador sólo puede padecer la injusticia 'legal' o rebelarse.

El actual encubrimiento de la realidad de nuestro mundo es un auténtico escándalo. Y su consecuencia más dolorosa es la deshumanización que llama a la insolidaridad y al

'sálvese quien pueda'. Si bien esto es algo habitual cuando se vive en la abundancia, no lo es para los de abajo, cuya tabla de salvación fue siempre la solidaridad. El sistema se muestra incapaz de dar respuesta a quien contradice sus postulados, postulados no reconocidos democráticamente, en sociedades que durante generaciones pelearon por ello; postulados consagrados en lejanos y ocultos templos económicos ante los que solo cabe pedir clemencia por supuestas cul-



pas cometidas, culpas más grandes cuanto más bajo es el puesto en el escalafón social.

Los trabajadores andaluces, a través del sindicato, reclamamos el reconocimiento a la dignidad que nos pertenece y poder participar en lo que nuestro himno proclama: ser «hombres de luz, que a los hombres, alma de hombres les dimos». Por eso decimos: la deuda de los bancos que la paguen los bancos; no a los recortes en cosas que tanto necesitan las personas (educación, medicina, dependencia...), basta de desahucios, la vivienda como derecho y no como mercancía, reparto del trabajo: semana laboral de 35 horas y jubilación a los 60 años, cesión de tierras públicas a cooperativas de trabajadores, renta básica para aquellos que nada tienen ya; eliminación de peonadas, antigüedad... Que las personas en paro y con vivienda hipotecada sólo paguen una cuota acorde con sus ingresos, que los pequeños empresarios/as autónomos/as, agricultores/as, tengan préstamos a bajo interés y bonificación de seguros sociales para que puedan reactivar su economía, y puedan crear puestos de trabajo.

¿Utopicos?, ¿contra sistema?, ustedes dirán.

Pero también hacemos propuestas más concretas. He una aquí:

Que las personas que tras penoso camino judicial consiguen una sentencia firme, por despido o reclamación de salarios no pagados, puedan cobrar desde el día siguiente a la misma y no esperar más de un año a ver algo a través del Fondo de Garantía Salarial. Para ello, no hay que elevar un solo céntimo el coste a ninguna de las partes. El adelanto resulta beneficioso económicamente al Estado -la calculadora lo puede atestiguar- y el trabajador no tiene que esperar más de un año la insolvencia anunciada. Esta propuesta tiene aval jurídico, no es un sueño 'utópico'. La cuestión no es 'ver' sino 'querer ver', si no se quiere ver la realidad, teniendo-la delante, no hay solución.

Y hay más propuestas, muchas más ¿hay caminos?

Dos mujeres han sido protagonistas esta penúltima semana de agosto: por un lado la fallida restauración del «ecce homo» de Cecilia Giménez en Borja, Zaragoza; por otro lado el fallido proyecto de Biblioteca de la arquitecta iraní Zaha Hadid en Sevilla.

Cecilia actuó de buena fe. Se puso manos a la obra sin cobrar un duro. Realizó la hazaña con los materiales a su alcance. Ya hace un tiempo, estuvo retocando la túnica, sin pena ni gloria. Prescrito el delito, cuatro años después -y sin dar turbadoras explicaciones- la osada vecina, se puso una meta más alta: la testa coronada de espinas de este retrato de finales del siglo XIX del pintor Elías García Martínez. Ésa fue su perdición. Lo que debió ser un Cristo con la cara afilada, se convirtió en un mono peludo de facciones deformadas. Quienquiera advertir algún problema mental en la anciana, está radicalmente equivocado. Cecilia, a esa hora, fue consciente de su error: cuando perdió el control, agachó la cabeza y se fue directa al cura: -D. Florencio, el Cristo se me «está yendo de las manos». Tenía razón. Se le fue de las manos y de la cabeza. Eso sí, no se dio por vencida: paró momentáneamente los trabajos de restauración y consideró oportuno irse de vacaciones, desconectar, con el firme propósito de, a la vuelta, enmendar el desastre (cualquier creador conoce lo ventajoso de alejarse del objeto un tiempo y acercarse a él con la mirada limpia). No hubo tiempo ni posibilidad. A la vuelta, un periódico regional convirtió lo local en global. La noticia, literalmente, ha dado la vuelta al mundo. Como es natural, la hazaña de Cecilia quedó paralizada definitivamente.

Cecilia y Zaha

JOSÉ FRANCISCO GARCÍA SÁNCHEZ
ARQUITECTO

te. Desde ese momento, la retratada era ella. El Cristo, travestido y desfigurado, se vengó usando todos esos poderes que le hemos confiado (el Cristo del Gran Poder, dicen en Sevilla). A nadie le gusta que vengan de fuera a imponerle nuevas penitencias: con la cruz y las espinas era suficiente.

En efecto: no se puede restaurar un cuadro sin el concurso de un experto. No, no y no. Pero también es verdad que cualquier obra de arte admite la contingencia. El deterioro, el azar, la catástrofe, lo imprevisible forman parte de ciertos discursos contemporáneos en torno al arte (la obra de arte abierta e inconclusa). La señora Cecilia ha escrito una página más sobre ese fresco Borjiano. Una más. La pátina del tiempo, escribió la suya. Y queda por conocer las siguientes: su porvenir.

Si los administradores de la fe -y del cuadro- actúan con inteligencia: deberán dejarlo tal cual lo ha querido la feligresa restauradora. Lo contrario, sería como proponerse enderezar la torre de Pisa.

Ella, sin querer, ha reconciliado el arte con el pueblo. Y lo ha hecho de abajo a arriba, y

de dentro a afuera: ha salido del pueblo y es para el pueblo. Ha dado un paso al frente: valiente y osado. Ha cruzado el umbral que separa los admiradores de lo admirado. Ha dejado de ser veneradora de santos, para ser venerada. Ha intervenido, y ha hecho que el cuadro -desconocido- de un pintor -sí, también desconocido- forme parte ya de cada uno de nosotros. Ha creado un icono pop.

También es verdad que a Cecilia se lo perdónamos. Al siguiente restaurador autodidacta que se le ocurra algo semejante: le cortamos las manos. Pero su hazaña -y de algún modo el robo del Códice Calixtino gallego- pone el acento en el extensísimo legado artístico español. También su fragilidad. No existen ni policías ni vigilantes ni serenos capaces de proteger todo nuestro Patrimonio: seamos cada cual, cada uno de nosotros, los protectores de nuestro pasado. No queda otra.

Sin embargo, la fallida biblioteca de la Universidad de Sevilla, no tiene ni pizca de gracia. La obra fue fruto de un concurso promovido en ese tiempo y a esa hora donde todos éramos ricos, cuyo jurado experto eligió la

propuesta de la arquitecta iraní Zaha Hadid. La imprudencia y la osadía -sí, también la osadía- de proponer como ubicación de la biblioteca El Prado, un jardín público, ha llevado al TSJA, a rechazar su construcción de forma definitiva y ordenar su destrucción inmediata.

La arquitecta Zaha y la feligresa Cecilia se parecen en una cosa: ambas han hecho de la deformación, la culminación de su arte. Una al óleo y otra al hormigón. Pero la restauración borjiana nos ha salido más barata. Concretando: sin apenas empezar, en la biblioteca se llevaba gastado 6 millones de euros -movimiento de tierras y cimentación- incluidos los dos millones de euros que la arquitecta iraní Zaha Hadid ya ha cobrado en concepto de honorarios; si se suman los 2 millones que cuesta ahora derribar lo poco construido -por estar enterrado-, pero muy costoso: hacen un total de 8 millones de euros definitivamente perdidos. Irrecuperables.

El disgusto de Cecilia por no dejarle concluir su obra, ha sido evidente. Ella quería terminar: lo ha implorado en cada entrevista. De Zaha no se conoce queja alguna. Cecilia ha reconciliado el arte con el pueblo. Zaha Hadid ha alejado la Arquitectura de la sociedad. Han sido los propios vecinos, quienes han promovido la denuncia pública en contra de la construcción de una biblioteca en uno de los pocos espacios libres que hay en el casco histórico de Sevilla. El episodio zaragozano, nos ha llenado de humor este final del verano; los hechos de Sevilla nos han empobrecido aún más -8 millones de euros más-.